



Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volúmen 9 • Número 2 (diciembre 2025) • Dossier

Protagonismos de niñeces y juventudes en disputa: explorando perspectivas niñas desde América Latina y el Caribe

Reseña de Neoliberalismo, neofascismo y crisis climática. Debates sobre los desafíos de nuestro tiempo

José Seoane, El Colectivo, 2025, 273 pp.

Melisa Argento

Reseña de *Neoliberalismo, neofascismo y crisis climática. Debates sobre los desafíos de nuestro tiempo*

José Seoane, El Colectivo, 2025, 273 pp.

Melisa Argento
UBA | IEALC | CONICET

Entre los señalamientos que nos deja la lectura de este libro algunas cuestiones se tornan realmente evidentes. Primero, que ya no es posible desconocer las razones que nos han traído hasta aquí, a este momento dramático de una crisis climática, política, social, económica y de los cuidados, que tiene un carácter antrópico, con responsabilidades y efectos profundamente desiguales, y que es una crisis ecosocial capitalista, más precisamente neoliberal. Segundo, que es muy difícil agregar algo al exhaustivo y riguroso trabajo de investigación y abordaje teórico-político-filosófico que el autor ha desplegado desde la primera hasta la última página.

Seoane describe en esta obra la trama de poder que sustenta al neoliberalismo –entendido como una mutación epocal del capitalismo–, que comienza a implementarse en los años 70 del siglo pasado y se extiende hasta la actualidad, presentada a partir de una cronología de cuatro olas. Analiza también la crisis de la civilización capitalista moderna colonial, cuya escisión y jerarquización perversa entre sociedad y naturaleza se encuentra en el origen de la explotación del trabajo, la tierra, la energía y el agua –de nuestros cuerpos-territorios– desde hace al menos 533 años. Explotación que, sin duda, se ha visto exacerbada en la gran aceleración de los últimos años, nuevamente signada por el neoliberalismo. De forma no lineal, cada capítulo analiza cómo este poder estructura un modo de dominación racializado, clasista y sexista, junto a la invención moderna de una naturaleza cosificada, exteriorizada, feminizada e inferiorizada como sujeto de violencia y dominación. Forma de organización (explotación) del trabajo y colonialidad del saber nacen y crecen interrelacionadas.

Asumiendo esta perspectiva histórica, Seoane analiza el carácter de clase de la actual crisis multidimensional y sus responsables: los superricos, las principales corporaciones del mundo, los Estados y las decisiones globales o multilaterales, que oscilan entre un neomalthusianismo, un ecocapitalismo (capitalismo verde) y un negacionismo de carácter reaccionario y crecientemente neofascista. Por el medio, también, transita un transhumanismo utópico, que imagina que nuestros yo individuales puedan trascendernos y superarnos en el éter de la inteligencia artificial (más cercano a un capítulo de la serie Black Mirror que al giro biocéntrico del pensamiento por el que bregamos).

Pero en el libro también queda claro cómo las transformaciones o reacciones del neoliberalismo y/o de la racionalidad neoliberal se expresan como respuesta al despliegue de fuerzas sociales que construyen salidas alternativas al orden hegemónico. Así, su carácter autoritario-represivo y la contraofensiva clasista –que le es inherente desde las más atroces

dictaduras de los años setenta en América Latina hasta la actualidad– se nutren y acompañan de la profundización de la matriz extractiva-exportadora bajo control transnacional, la intensificación del despojo de las poblaciones y bienes comunes, la destrucción socioambiental y la profundización de la dependencia. La cuarta ola que el autor describe, signada por la aún no resuelta crisis económica de 2008, muestra su “rostro más monstruoso” en un contexto de límites biofísicos planetarios, que son también límites materiales para el despliegue del capital. Es decir, crisis.

En la disputa interimperial expresada por la reemergencia asiática, la carrera geopolítica por el dominio y control biotecnológico de patentes, conocimientos y “recursos” o minerales críticos para la “descarbonización”; en las agendas de “seguridad energética”; en la desesperación por dar un salto tecnológico hacia delante creando nuevos mercados; en la expansión de un “extractivismo extremo” –minero, hídrico y energético intensivo–, y en su carácter bélico, genocida y militarizado, reconocemos este neoliberalismo catastrófico. Pero en el análisis de la cocina del neoliberalismo se encuentran no pocos condimentos del pasado.

Seoane se encarga de trazar estas líneas de continuidad. Es una genealogía que va desde la escuela austríaca y el ordoliberalismo alemán, hasta el monetarismo norteamericano de Milton Friedman y la escuela de Chicago. Con su triste rol en el primer experimento neoliberal del Cono Sur, bajo la dictadura de Pinochet –bombardeo al Palacio de la Moneda mediante y fin de la experiencia de la vía institucional al socialismo de Allende–, hasta la filosofía del self-made man y el “emprendedurismo” tan en boga en la actualidad. El libro no se queda allí, sino que rastrea cómo ya en los años veinte del siglo pasado, en un tiempo abierto a la reflexión latinoamericana –indoamericana, revolucionaria, socialista–, cuando se multiplicaban las expresiones teóricas, políticas, estéticas de una generación de jóvenes en ruptura total con el orden oligárquico y opresor, también comenzaban a expresarse las ideologías contrarias. Es difícil de digerir, pero en aquellos años de la Reforma Universitaria de 1918, de la formación del APRA, del anarquismo campesino de Flores Magón, del pensamiento más genuino de nuestro Mariátegui, de los intercambios epistolares que desde las izquierdas debatían cómo debía ser una revolución –mirando la rusa, pero en el medio de la mexicana–, donde el indianismo tejía puentes con el obrerismo y con el campesinado en expresiones políticas y artísticas, Von Mises ya enunciaba una crítica a los llamados “colectivismos”. Así, pasando por el pensamiento de Walter Lipman en los años treinta, Rustow, Badin en los cincuenta, aparecen otros muchos señores (y blancos, por supuesto) que bregaban por la constitución del Hombre Económico como medida universal de las cosas. La configuración del “individuo” (hombre, blanco y heterosexual como la medida de todas las cosas) desanclado tanto de su ser social como de los ciclos vitales de la naturaleza, impulsaba desde entonces la primacía de la libertad por sobre la justicia, la igualdad o la equidad.

En esto Seoane interpela a quienes se aferran a las creencias libertarias de las extremas derechas y alimentan el avance del paleoliberalismo de nuestros días como si fuera una alternativa novedosa para salvar la “patria”. Quienes siguen a influencers como Agustín Laje o exaltan el carácter mesiánico de las “fuerzas del cielo” y veneran una pseudo deidad extravagante y destructora. Lo cierto es que, en clave teórica, pueden encontrarse en estas posturas viejos preceptos ya impulsados por Friedrich Hayek y la sociedad Montt

Pelerin, como la naturalización de la desigualdad social que se expresa en la idea de la libertad económica como fundamento último de la libertad humana. Y en clave histórica, conviene revisar el periodo de entreguerras como el tiempo en que emergieron algunos de los proyectos políticos más fascistas y deshumanizadores que haya conocido nuestra compleja especie.

También es preciso analizar cómo, luego de la segunda Guerra Mundial, en los años sesenta y setenta –y no casualmente en esa época– cobró impulso una matriz de pensamiento anarcocapitalista, en alianza con sectores del ultraconservadurismo. Algunas de las ideas que se presentan como nuevas, como se señala en el libro, son tan viejas como rancias. El ascenso de las extremas derechas, los neofascismos, los racismos, machismos y xenofobias, los ataques contra todos los derechos conquistados, los discursos de odio que circulan hoy no resultan así un verdadero “cambio” ni una completa “novedad” (aunque incorporen elementos nuevos); deben ser entendidos, también, desde el despliegue de las propias racionalidades liberales en su forma más agresiva y regresiva.

Frente a todo ello, el pensamiento crítico respondió con la renovación de los análisis, pero más aún con la apertura de nuevos horizontes emancipatorios colectivos. Entre ellos, Seoane destaca los aportes conceptuales de: la acumulación por desposesión o despojo; la crisis de la reproducción social, entendida desde los feminismos, y su extensión a las nociones de crisis de los cuidados y de la reproducción socioambiental, que aportan hoy diversas expresiones ecofeministas; el concepto de fractura del metabolismo social, central en el marxismo ecológico; y la colonialidad del poder, proveniente de la teoría decolonial y del amplio campo de la ecología política.

Un pensamiento/acción que traza fidelidades con la obra de Marx, o de Rosa Luxemburgo, en el análisis del proceso de acumulación originaria permanente y ampliada, y de cómo este se despliega en el marco de las relaciones capital/trabajo, pero también a través de la mercantilización de todo aquello que se encuentra total o parcialmente por fuera del ámbito del mercado: nuestros cuerpos, nuestro tiempo, nuestros territorios.

Contra toda esta naturalización escribe José Seoane, explicando que el gran triunfo del neoliberalismo ha sido la colonización cognitiva, de los imaginarios políticos. Muchos de ellos oscilan hoy entre la ecoansiedad y el repliegue individualista del “ya no quiero saber más” o el “siempre hubo crisis climáticas”. Escribe contra la fe ciega en el tecnoutopismo o, peor aún, contra la asunción del negacionismo y sus variantes más inverosímiles, como el terraplanismo o la negación de la existencia de los dinosaurios. ¡Es tan irrisorio que, en una sociedad petroadicta, hiperfosilista, energívora, existan quienes niegan la existencia de los dinosaurios! Pero queda claro en el libro cómo el negacionismo climático (en particular, aunque todos guarden relación) está impulsado por los líderes y CEO del mundo como discurso de “puertas para afuera”, mientras que hacia adentro imaginan, diseñan, proyectan e invierten cifras astronómicas en futuros reservados solo para ellos.

La naturalización de la acumulación por desposesión gana adeptos por adhesión u omisión; es el motor del extractivismo, de la valorización financiera, de la deuda como mecanismo de dominación, de la expansión de la pobreza y las desigualdades socioeconómicas, y también de la colonización de los saberes (biopiratería) y de la subjetividad. Enormes paquetes de datos de las personas –hasta el iris de los ojos– son apropiados por gigantes

corporaciones tecnológicas que convierten en mercancía las vidas cotidianas y monetizan el deseo. Al mismo tiempo, el trabajo de reproducción socioambiental no remunerado resulta central en la reproducción de las fuerzas de trabajo (o en la producción misma de valor, según otras interpretaciones feministas marxistas). Se trata de un trabajo excedente apropiado de modo indirecto, que debe considerarse en el cálculo de la plusvalía porque demuestra la materialidad de la totalidad de un modo de dominación colonial-capitalista y patriarcal.

Por último, las reconfiguraciones neoliberales de la cuestión ambiental, la contabilización, las lógicas de desarrollo sustentable débiles y los mercados de carbono, traen falsas soluciones. Hacen creer que algo cambia para que nada cambie. So pretexto de la mitigación climática, se permite la expansión de la emisión de gases de efecto invernadero mediante la compra de bonos verdes u otros mecanismos de compensación (como la captura de CO₂). Así, universaliza el valor de nuestro oxígeno en una unidad de medida –la tonelada de dióxido de carbono equivalente, tCO₂e–, volviendo mercancía hasta el último de nuestros bienes comunes. La financiarización de la naturaleza se tiñe de un conservacionismo que, en el fondo, reproduce las ganancias de los actores económicos más poderosos, traslada los costos sociales y ambientales sobre los territorios del Sur global, y profundiza una contaminación ya llevada a límites impensables.

Frente a este escenario opresivo, este libro demuestra cómo, en diferentes momentos históricos, las fuerzas sociales, las clases subalternas, los estallidos de movimientos sociales y la potencia plebeya logran, por momentos, abrir esta densa bruma, prefigurando horizontes políticos emancipatorios. Momentos de autonomía relativa, configuraciones de nuevos imaginarios sociales. Aún cuando sabemos que, en los repetidos ciclos históricos, una y otra vez el capital aprende, vampiriza y contraataca, estamos en la actualidad ante un punto de inflexión total, donde se tornará urgente construir una “geopolítica de la vida”. El “¿qué hacer?” retorna con toda su fuerza, conectado en un nuevo ciclo dialéctico con cómo sobrevivir.

Es ahí donde Seoane nos recuerda los últimos dos ciclos de movilización social regional, su potencia, sus innovaciones políticas y programáticas, sus articulaciones. Ambos ciclos, con sus características diversas, ofrecen pistas para la invención de una nueva radicalidad e imaginación política. El primero, el ciclo de movilización antineoliberal más importante, nace sin duda en la década de los noventa desde la fuerza indígena, la de los Andes, que en sus movilizaciones sociales denuncia cinco siglos de opresión y evidencia la existencia de estructuras de la movilización indígena consolidadas a lo largo de todo el siglo XX: su fuerza y la centralidad de la disputa por la tierra y la autonomía territorial indígena campesina. Junto con el levantamiento zapatista, denuncian el carácter imperialista de los países centrales y la complicidad de los Estados-nación racistas, planteando la necesidad de su descolonización. La plurinacionalidad, el buen vivir, el rechazo a los mortíferos tratados de libre comercio, y los intentos de internacionalización de las luchas desde el Foro Social Mundial en los años 2000, constituyen, sin duda, la más importante articulación de un movimiento antineoliberal.

En este punto, el nuevo ciclo que se abre desde 2018 en Nuestra América comporta una paradójica novedad: los efectos de la crisis ecosocial impactan de manera cada vez más

dramática en las ciudades. Inundaciones, incendios, olas de calor extremas, cortes de energías frecuentes a lo largo de todo el mapa de la región desatan, por supuesto, las fuerzas sociales más creativas, que trabajan incansable y colectivamente para defenderse. Al mismo tiempo, reconfiguran territorios de lucha, expanden el problema público y le ponen nombres a los aprendizajes socioambientales. Digamos entonces que los bienes comunes –siempre en el centro de las luchas por la defensa de la vida y el territorio– serán cada vez más centrales en un contexto de nueva escasez. Al mismo tiempo, cada vez más tramas comunitarias construyen alternativas performativas de futuro. De estos procesos colectivos y de movilización social nace el pensamiento crítico en América Latina. Por eso, Seoane realiza un mapeo de algunos de los conceptos y horizontes centrales emergentes desde abajo, consolidando articulaciones regionales y propuestas políticas holísticas desde la ecología política, las transiciones ecosociales justas y/o los ecosocialismos.

La magnitud del desafío que enfrentan los proyectos emancipatorios colectivos en el seno de estas dos crisis es tan inmensa como imprescindible. Sobre ello aporta sustanciales reflexiones y respuestas este libro. ¿Cómo componer un mundo mejor? ¿Cómo co-crear éticas relacionales y del cuidado entre la vida humana y no humana? ¿Cómo compostarnos o “devenir con” (en palabras de Donna Haraway) otros seres en la defensa de nuestros bienes comunes, para sanar, reparar, crear las condiciones para la vida digna de todos y todas? Es claro que, como dice Latour, han sonado todas las alarmas. Es preciso, entonces, asumir el compromiso de componer un ecologismo popular que aúne las tradiciones políticas más importantes de las luchas en nuestro continente: las revoluciones sociales latinoamericanas obreras y campesinas, el indianismo o indigenismo, el ecologismo popular o el ecosocialismo, los ecofeminismos y, en definitiva, todas las luchas por la justicia social, ambiental, étnico-racial y de género. Porque sólo de esta materia está hecho un futuro para todos y todas.